

Coordinador del proyecto

Libreyazul



RELATOS DE RUTAS Y SUEÑOS

Voces de viajeros

narrativa



PRÓLOGO

Vida independiente

En el viaje de la vida, cada persona se enfrenta a diferentes obstáculos y desafíos que marcan su camino. Para las personas con discapacidad, estos obstáculos pueden ser aún más complicados, limitando su capacidad de moverse con libertad y autonomía en el entorno.

Sin embargo, a través del concepto de vida independiente, se busca promover la autonomía y la participación plena de las personas con discapacidad en la sociedad. Este enfoque se fundamenta en la idea de que todas las personas tienen derecho a vivir una vida plena y autodeterminada, tomando decisiones sobre su propio destino y participando activamente en la vida comunitaria.

Como en un viaje, la vida independiente implica recorrer caminos desconocidos, enfrentar desafíos y superar obstáculos, pero siempre con tener la confianza de que vamos a llegar al destino. A través de los apoyos adecuados, las personas con discapacidad pueden adquirir las habilidades y la confianza necesarias para tomar el control de su propia vida y alcanzar sus metas y sueños.

El viaje hacia la vida independiente se convierte en un viaje de empoderamiento y superación, donde cada etapa del camino es un éxito que nos acerca un poco más a la inclusión. Y como en todo viaje, es importante recordar que el camino puede ser difícil, pero que siendo valientes y constantes podemos llegar a cualquier puerto.

No he tenido mejor viaje en mi vida que adentrarme en empoderar a las personas con discapacidad a que sean las protagonistas de sus vidas y por esto os invito a todos a ser parte de este viaje hacia la vida independiente, y trabajar, transformar y participar en la construcción de un mundo más inclusivo y equitativo, donde cada persona, independientemente de sus capacidades, pueda vivir con dignidad y plenitud. Este viaje va a ser inolvidable.

¡A por ello, nuestro destino nos espera!

CRISTINA RODRÍGUEZ GARCÍA

*Responsable de los Servicios de Asistencia Personal y Promoción
a la Atonomía para la Vida Independiente*

RELATOS DE RUTAS Y SUEÑOS

Voces de viajeros

Relato ganador

5 relatos finalistas

Un sueño antártico

Luis Muñoz Almagro

Sentir cómo la nieve se refugia en tu barba, mientras la cubierta del barco se cubre de frío y blanco. Navegas por el Antártico horadando un gélido mar de hielos flotantes que el verano austral derrite a fuego lento. Estallas de emoción al contemplar la desnuda belleza de lo nunca antes visto. Escuchas los sonidos del silencio mientras atraviesas una tierra de hielos eternos. Éxtasis ante una obra de arte natural en estado puro, música visual de la Naturaleza: el concierto de la creación. Percibes cómo la vida se precipita con tus pensamientos, torrenciales ramblas que todo lo arrastran. Lloro y grito alegría la felicidad que tu corazón encierra, por el vivido sueño de aquel maternal tiempo de infancia. Entornas los ojos y ves a un niño en el colegio. Eres tú, Juan Selva, eres tú...

Sí, soy yo, Juan Selva. Me veo en el Colegio *Santo Domingo* de Oleza. Emergen claros los recuerdos de aquel día de abril. Corre el año 1963, yo tengo nueve y estoy en la clase preparatoria para el examen de ingreso en el Bachillerato. Los colegiales, tras cruzar el umbral de los históricos muros renacentistas de la que fuera Universidad Literaria de Oleza, somos alineados en prusiana formación, a golpe

de silbato, en el patio de Lourdes. Brazo en alto damos gloria y esplendor a la patria cantando un obligado *Cara al sol*, frente a una imponente peña coronada por una imagen de la virgen francesa esculpida en roca viva. Cuando don Manuel entra en el aula, los alumnos nos ponemos en pie bajo un respetuoso silencio de bienvenida. El maestro se dirige ceremonioso hacia su mesa y, nada más pisar el altillo de la crujiente tarima, deja escapar entre dientes unos «Buenos días» con el cadencioso tono del que dicta una sentencia. Nos sentamos al unísono frente a nuestros pupitres como si de una misa se tratara. Sobre el blanco sucio del frontal de la pared, entre el humo que expele un cigarrillo ardiente en los labios de don Manuel, irrumpe la visión de una tríada para el olvido: un crucifijo flanqueado por el negror de las miradas vigilantes de Franco y José Antonio Primo de Rivera. El maestro empieza su clase explicando Geografía. Hace girar con suavidad sobre su propio eje el globo terráqueo que amarillea sobre una mesa auxiliar, y nos obliga a canturrear *ad infinitum* el nombre de cada uno de los cinco continentes que forman la Tierra. Recito los continentales nombres con la mirada estrellada en la blancura de un Polo Sur que apenas asoma en los bajos de estos mapas esféricos. Concluida la salmodia, levanto la mano con timidez y pido permiso para preguntar cómo puede vivir la gente en el sur más profundo del globo caminando bocabajo (así lo creía yo) y sin caer al espacio exterior. Don Manuel me responde en un tono sarcástico: «Hijo mío, porque así lo ha dispuesto Dios». Meses más tarde supe por boca de otro profesor que

en el espacio no existen los conceptos «arriba» y «abajo»; es decir, no hay ni «norte» ni «sur», pues ambos son términos convencionales que no se pueden emplear para un globo flotante en el espacio como es la Tierra, donde todos sus pobladores viven con los pies en el suelo. También afirmó que, quizá, el Creador hizo la Tierra esférica para que nunca pudiéramos ver el final de los caminos.

Fue un tiempo en que el sexto continente, llamado Antártida, esa gigantesca mancha blanca de hielo pintada en el culo de la Tierra, comenzó a convertirse en una fijación insoslayable para mí.

Durante unos años de incertidumbre la Tierra perseveró, con exactitud matemática, en su singladura rotatoria alrededor del sol, al tiempo que los pensamientos giraban como una punzante peonza enmarcando mis obsesiones en círculos concéntricos alrededor de un sueño recurrente y sin puntos de fuga: el de un Juan Selva, efímero y solitario Robinson Crusoe, náufrago en los límites de la Antártida.

Escupido por los vaivenes de un sueño indescifrable, me despierto azorado en tierra firme, en el balcón de un acantilado que roza la soledad del cielo. Yazgo sobre un lecho de líquenes, la única vegetación existente hasta donde alcanza mi vista. Un viento gélido silba con fuerza y castiga mi rostro con insistencia.

Veo cómo se entrecruza en las alturas el errático vuelo de albatros, petreles y cormoranes. Desciendo hacia el mar por un camino imaginario, hasta alcanzar una playa de piedras negras y arena huida, donde la vida grita libertad entre

la algarabía de una innúmera colonia de pingüinos de Adelia. El aplomo estático de focas de Weddell y leopardo sobre témpanos de hielo mecidos por un mar que se descongela sin prisas. Las embestidas en tierra del lobo de dos pelos o el rugir de los elefantes marinos, inmensas esculturas vivientes a orillas del mar.

He de encontrar un refugio donde poder pasar mi primera noche en este desolado continente sin morir de frío. Hacia el noreste observo con nitidez una ladera de nieve y hielo que asciende sin sobresaltos hasta un glaciar. Me dirijo hacia allá con el propósito de encontrar alguna gruta donde guarecerme de las bajas temperaturas de la noche. Parece que el frío que hace ahora es soportable, aunque cada vez tengo los pies más helados. Arribo a una pequeña llanura donde destaca una sombra de lo que aparenta ser la embocadura de una oquedad abierta en el hielo. Entro en ella con cierto temor, pero decidido. Ante mis ojos la visión de un río subterráneo que discurre por las entrañas del glaciar bajo un gran túnel de hielo azulado, iluminado por la tenue luz del sol que se filtra por unas chimeneas naturales que la naturaleza ha perforado sobre el techo del cauce. Me acerco a la corriente y bebo vida en estas límpidas aguas.

La luz filtrada del sol de un agonizante invierno austral ilumina con suavidad la bóveda fluvial. Tengo la certeza de que no sobreviviré. Soy un sentenciado a muerte que espera su ejecución enclaustrado en la soledad de una cárcel de silencio infinito. No sé qué hacer. Me lavo la cara en el río de Heráclito y bebo de su agua. Me asomo a un cielo

desnudo de nubes. Me hundo en la nieve que la noche ha dejado sobre el hielo. Mis pies se adormecen torturados por un frío implacable. Asciendo la blancura de la montaña por una pendiente no demasiado severa. Llego a una plataforma donde se agiganta la visión de la naturaleza que me circunda. No veo los límites de la tierra que piso, pero sí la grandeza de un mar misterioso esculpido junto a la costa por el hielo blanquiazul que arrojan los glaciares desde las alturas; playas negras y acantilados donde vuelan desafiantes los petreles. Arrecia con fuerza una corriente de viento que sopla del sur. Abro los brazos en cruz, dejo muerto el cuerpo e inerte lo vuelco hacia adelante enfrentándolo al viento. Quiero caer de bruces y besar el hielo desde el cielo, pero la furia de Eolo me mantiene erecto sobre los pies. Newton frente a Anaxímenes de Mileto.

Desciendo del cielo desandando unos pasos que no dejarán huella alguna y me refugio en la guarida que será mi tumba. Los pensamientos se amontonan en mi cerebro enturbiando las fuentes de la razón. Siento que las manos comienzan a helarse como los pies. Refresco mi rostro y bebo un poco de agua. Me acomodo sobre un lecho de rocas y ausencias donde yaceré hasta la eternidad con el rictus de una falsa sonrisa. Mis congelados dedos apenas pueden sostener ya la pluma. Pronto dejaré de escribir. Cierro los ojos. Oigo el fluir del agua y siento cómo se me escapa la vida en medio de la nada de esta desolación blanca de lo absoluto, en un desierto helado, lejos de los naranjos y las palmeras.